

# EL ALBAÑO

DIRECTOR  
JOSÉ DEL PRADO

PUBLICACION MENSUAL

ADMINISTRACION  
SANTA ENSEÑA 5



Srta. Doña ANTONIA ARÉVALO, EN «HAMLET»

FOT. CANDELA



# EL TEATRO

Núm. 32

Mayo 1903



HAMLET (Sr. Fuentès)  
*Fot. Candela*



## CRÓNICA GENERAL

CONTINÚA Zacconi en el teatro de la Comedia, admirando con su arte asombroso al público, á la verdad escaso, que acude á aplaudirle. El gran artista es un «varón de muchas almas». Como Frégoli muda de trajes, cambia Zacconi de personalidad: una noche es el Petruccio brutal de *La bisbetica domata*, otra el viejo degradado Pietro Caruso; unas veces nos hace estremecer con las angustias del Conrado de la *Muerte civil*, otras nos acongoja con el espantoso padecer del Osvaldo de *Spetri*. Es en *Lorenzaccio* un italiano, del Renacimiento; en el Doctor de *Anima solitaria* el intelectual de nuestros días; sabe en *Otelo* interpretar á Shakespeare, y en *El amigo de las mujeres* y en el *Padre pródigo*, reflejar el ingenio de Dumas. En todas estas obras, como en las demás de su variado repertorio, se transforma y cambia de ser. Esclavo de la verdad, jamás se deja llevar de esos afectismos que el público aplaude siempre: en su declamación no hay *latiguillos*, ni mutis aparatosos, ni arranques declamatorios. Vive sus papeles más que los representa. Todo su organismo responde dócilmente á su voluntad: se sonroja ó palidece como si sus emociones fuesen reales y no fingidas; su rostro, de una movilidad asombrosa, expresa todos los estados del alma, todos los grados de la pasión, todos los matices del sentimiento.

Detesto las comparaciones; creo que el arte escénico admite gran variedad de procedimientos; Sara Bernhardt con sus actitudes estatuarías, Calvo «cantando» los versos de nuestro teatro, Coquelin interpretando á Moliere, algo grotescamente, como sin duda lo exigen los personajes del gran cómico francés, son dignos de aplauso; pero no lo es menos Zacconi copiando fiel, exactamente la prosa de la vida. Hermosísimo es el idealismo de Murillo, no es menos hermoso el realismo de Velázquez. En cuanto al actor que hoy actúa en la Comedia, he de repetir aquí lo que un crítico italiano escribía poco ha en *La Nuova Antología*: «Zacconi encarna á los hombres que nos rodean, á nuestros parientes, á nuestros conciudadanos, á nosotros mismos y expresa las ideas que flotan en el aire que respiramos y los dolores y alegrías que vemos llorar y sonreír en torno nuestro y con las cuales sufrimos y gozamos... Zacconi es nuestra carne y nuestra sangre.»

Aunque obras ya conocidas de públicos extranjeros, estrenos han sido para nosotros *Resa á discrezione*, de Giacosa; *Il nuovo Idolo*, de Curel, y *Lorenzaccio*, de Alfredo de Musset.

*Resa á discrezione* es un golpe más dado á *Los milagros del desprecio*, de Lope; á *El desdén con el desdén*, de Moreto, y á *No hay burlas con el amor*, de Calderón.

Cierta dama empieza como burlando, y por ganar una apuesta, á coquetear con un hombre noble y sincero, y cuando éste, enterado del juego de que ha sido víctima, se revuelve airado contra la coqueta, ella, quemada por el fuego que ha tenido la inadvertencia de encender, entrégase enamorada á merced del hombre con cuyo corazón pretendió jugar.

Mayor novedad tiene el argumento de *La nouvelle idole*, que traducida al italiano nos ha dado á conocer Zacconi. *El nuevo ídolo*, que como los antiguos tiene sus fanáticos, sus héroes y sus mártires, es la ciencia. A ella ha consagrado su vida el doctor Donnat con tan ciego fanatismo, que ni aún ha vacilado, á truco de comprobar uno de sus experimentos, en inocular, á una tísica que él cree desahuciada, el virus del cáncer. Pero la enferma se cura de la tisis y el Doctor Donnat ve con espanto que la pobre joven inculada está condenada por él á perecer en medio de los mayores sufrimientos. ¿Qué hace entonces el médico? Coger una lanceta é inocularse á sí mismo el virus mortal. Tras de tan tremendo suicidio, á plazo largo, porque es de advertir que la inoculación mata al cabo de seis meses, el Doctor Donnat se entrega á muy hondas reflexiones—que recuerdan las de Sócrates en el *Fedón*—y que constituyen lo mejor de la comedia.

Desde el punto de vista escénico, *El nuevo ídolo* tiene no pocos defectos: la acción es pobre, los procedimientos empleados para el desarrollo de ella un tanto gastados, y lo que es peor, el autor no prueba lo que se proponía probar. El doctor Donnat no se sacrifica por la ciencia, sino para castigarse por su crueldad y su torpeza. Esto, no obstante, la comedia de Curel interesa por las graves cuestiones que en ella se discuten, tales como la existencia del alma, la persistencia de nuestra individualidad más allá de la tumba, el ser ó no ser, cuestiones antiguas pero que ocupan y ocuparán siempre el primer lugar en el pensamiento del hombre.

*Lorenzaccio* es un poema dramático que su autor, Alfredo de Musset, no destinó á la representación. A fin de acoplarle después á la escena, se le despojó de multitud de episodios, se suprimieron muchos cambios de lugar, y se le dió, en fin, unidad dramática á costa de su rica variedad. El poema desde el punto de vista literario, ha perdido mucho, pero

sirve á maravilla para que un gran actor luzca sus facultades. Por eso, sin duda, lo ha elegido Zacconi.

En *Lorenzaccio* como en *Hamlet*, de quien es reflejo el personaje de Musset, se entrecruzan y combinan muchas y muy contradictorias cualidades. Hay en él escepticismo y entusiasmo, vicio y virtud, energía y debilidad, valor y cobardía; tan opuestos elementos espirituales, encerrados en un cuerpo enfermizo y epiléptico, dan por resultado un personaje enigmático que solamente puede encarnar en un actor de tan gran talento como Zacconi.

En esta obra ha alcanzado el actor italiano uno de sus más brillantes triunfos.

No fué menor el conseguido en *Spettri*. Quizás, y sin quizás, no ha tenido hasta ahora el desventurado personaje de Ibsen intérprete más expresivo y verdadero que Zacconi. Osvaldo es la víctima inocente de la ley de herencia: hijo de un padre degenerado y alcohólico se ve condenado á la idiotez, sin que nada pueda detenerle en la inevitable pendiente.

En la obra de Ibsen no hay datos bastantes para determinar cuál es la enfermedad particular que se manifiesta en Osvaldo: Zacconi ha elegido, colaborando en esto con el autor escandinavo, el mal, que según creo, llaman los médicos «ataxia progresiva».

Desde que el gran actor aparece en escena, comprende el público la existencia de la terrible enfermedad del pobre Osvaldo: sus pasos vacilantes, las soluciones de continuidad de su memoria, la dificultad de su pronunciación, su irritabilidad nerviosa, sus decaimientos y lo infantil de su llanto y de sus caricias á su madre... todo aumentando gradualmente, hasta llegar al término fatal de la imbecilidad, hace sentir la emoción violenta, la angustia casi física que, sin duda, se propuso producir Ibsen en el público y que Zacconi lleva hasta un grado verdaderamente aterrador.

No creo que la tragedia clásica, con todos sus espantos, pudiera sacudir con tanta violencia los corazones, como esta moderna tragedia en que la fatalidad se convierte en ley patológica tan implacable como el destino.

Siempre es acreedor al aplauso el que acomete altas empresas y dentro del arte escénico no creo yo que exista propósito de más difícil realización que el de interpretar el carácter complicadísimo del príncipe de Dinamarca. Irving, Booth, Novelli, Zacconi, Sarah Bernhardt han considerado el desempeño del papel de Hamlet, como el *summun* de sus esfuerzos artísticos. Súmanse y se compenetran en el extraño personaje tal cúmulo de cualidades, que hacen de él más que un hombre determinado, la imagen del hombre, no en el estado primitivo, sino modificado por la filosofía, por la ciencia, por la cultura social, por las inquietudes y dudas que combaten las almas modernas. Shakespeare, con esa fuerza de adivinación que es cualidad privativa del genio, retrató de manera maravillosa el estado de conciencia en que habían de encontrarse los hombres del porvenir, cuando desarrollado en ellos el espíritu crítico se viese ahogada como ahora sucede su acción por la reflexión.

«Lo que caracteriza—se ha dicho, recientemente—la *neurastenia* del célebre personaje, es su melancolía particular, formada de inquietud dolorosa,

de amargura, de disgusto de todo y de todos, de aspiración al aniquilamiento, siempre atormentado por una idea fija, por la duda, por la irresolución. Tales son los rasgos de la fisonomía de Hamlet, ser sombrío, obsesionado por la idea del suicidio; sin energía, aplazando su tarea vengadora con sus vacilantes razones: alma sin brújula que flota á merced de los acontecimientos.»

Para interpretar, aunque no sea más que con relativo acierto este carácter, son necesarias en el actor tantas y tales dotes, unas naturales y adquiridas otras, que rara vez, aún los más grandes comediantes, las han logrado reunir.

Así lo ha reconocido Fuentes, y para acercarse en lo posible á lo que es y representa tan asombrosa creación, ha estudiado con tenacidad y con afán dignos de encomio la obra shakespiriana, y la ha puesto en escena con esmero y lujo merecedores de alabanza.

El público, teniendo esto en cuenta y descontando lo que debe descontarse, ha premiado con sus aplausos la labor de Fuentes. Solamente se hace en arte algo meritorio intentando lo imposible. El que se contenta con poco, poco alcanza.

La adaptación á nuestra escena del drama de Shakespeare ha sido hecha con gran acierto y con respetuoso esmero. Del original se ha suprimido poco; y si se han hecho variantes en el texto, justo es reconocer que muchas de ellas eran indispensables.

Ciertas crudezas y chocarrerías que el dramaturgo inglés hubo de intercalar en sus comedias, teniendo en cuenta, sin duda, los gustos de una gran parte del público londinés del siglo xvi, son intolerables en nuestro teatro y los adoptadores del *Hamlet* han hecho muy bien en suprimirlas. Oportunas también y muy discretas han sido las trasmutaciones de algunas escenas, y muy teatral y en armonía con la situación imaginada por el poeta el final del tercer acto. Los versos de la traducción española son vigorosos, limpios de ripios y conservan, aunque no sean del todo fieles, la entonación y estilo shakespirianos: la prosa es castiza y correcta, casi moratiniana.

Un reparo he de hacer en prueba de sinceridad. ¿Por qué suprimir una de las escenas de Ofelia loca? Las dos salidas de la infortunada hija de Polonio, en la obra original, dan en mi sentir á la poética figura esa vaguedad, ese caminar sin rumbo que tan delicadamente expresó nuestro Becker en aquellos repetidos versos:

La dulce Ofelia, la razón perdida,  
vertiendo flores y cantando, pasa.

Sin embargo, con este lunar y algunos otros que podría señalar una crítica minuciosa, el arreglo de los Sres. Llana y López Ballesteros es el más atinado y el más en armonía con el espíritu del poeta inglés de cuantos he visto representar en nuestros teatros por compañías extranjeras y españolas.

Para poner fin á esta revista, diré solamente que en Lara se ha estrenado con buen éxito una comedia en dos actos, original del Sr. Viergol, titulada *La matadora*; y que en Apolo continúan con mucho aplauso las representaciones del sainete *¡El terrible Pérez!* compuesto expresamente por los señores Arniches y Alvarez para beneficio del actor cómico Carreras.

ZEDA

# HAMLET

DRAMA DE SHAKESPEARE, REFUNDIDO  
Y ADAPTADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA POR LOS  
SRES. D. FÉLIX G. LLANA  
Y D. LUIS LÓPEZ BALLESTEROS,  
ESTRENADO EN EL TEATRO DE LA ZARZUELA  
EL DÍA 5 DE MAYO DE 1903



D. LUIS LÓPEZ BALLESTEROS

Ben Jhonson, el famoso dramaturgo inglés protegido de Shakespeare, y á quien muchos, sin fundamento bastante, suponen ingratamente enemistado más tarde con su protector, escribió poco después de muerto el autor de *Hamlet*, «*Britania mía, triunfa; pues tienes uno que presentar, á quien todas las escenas de Europa han de rendir homenaje, que El no es de un siglo, sino de los tiempos todos...*» Frase profética que las generaciones sucesivas han convertido en realidad, y que no lleva trazas de ser desmentida nunca, ni por nadie. El genio de Shakespeare, si el genio pudiera tener edad por correr para él como para los míseros mortales el tiempo inexorable, nos parecería hoy más joven y más lozano aún que en el siglo en que vivió el poeta, y sus obras, si han perdido en cierto modo actualidad escénica por ser hoy otros que en la época de Shakespeare los modos de representar, no han perdido su actualidad filosófica y social. Son, como Ben Jhonson decía de su autor, no de un siglo, sino de los tiempos todos...

Por eso me parece plausible y digna de loa la idea de López Ballesteros y González Llana, que han hecho una buena adaptación á los modos escénicos modernos del *Hamlet*, de Shakespeare, como la idea de los señores Cubas y Navarro Ledesma que han hecho labor semejante con el *Otelo*, y, en general, la de todos los escritores que con probado amor al arte, suficiente cultura y honrado empeño de vulgarizar las obras del genio, vuelvan á la escena las grandes figuras de los héroes shakespeareanos que parecían definitivamente desterrados de ellas por falta de adaptaciones convenientes.

No creo necesario insistir en esta opinión que ya he sostenido otras veces y

en estas mismas columnas de *El Teatro*, pero si la conveniencia de las adaptaciones y de las refundiciones fuese ahora discutible, el mismo *Hamlet* me daría para la discusión un argumento de valor extraordinario: no se necesita, en efecto, gran cultura literaria para saber que *Hamlet príncipe de Dinamarca* fué refundido por su mismo autor, y que aún no dando valor á la indicación del escritor Nashe, según la cual en 1580 ya había escrito Shakespeare una obra con aquel título, no hay modo de dudar que no son exactamente idénticos el *Hamlet* de 1597 y el de 1603.

D. FÉLIX GONZÁLEZ LLANA

Y esto no lo hizo solo con *Hamlet* el autor de aquella obra inmortal, de *Romeo y Julieta*, á cu ya primera forma suponen los críticos nacida en 1592, hizo Shakespeare una refundición en 1596 de *Troilo y Crécida* nacida á la escena en 1601, otra en 1609 y en otras muchas obras hizo también modificaciones, que si por no ser demasiado grandes no autorizan para considerar á las obras definitivas como refundiciones, dan, por lo menos, argumentos de fuerza bastante en pro de los que sostienen la necesidad, ó cuando menos la conveniencia, de refundir.

Pero, lo repito, no creo necesario hablar aún de ese tema, demasiado manoseado ya, ni menos defender á los autores de ese género de trabajos que en último extremo tienen fuerza bastante para defenderse por sí solos. Para mí ese es asunto suficientemente discutido y, por otra parte, de lo que se trata ahora es de *Hamlet* acerca del cual siempre, por mucho que se haya dicho, quedará algo que decir.

*Hamlet*, en efecto, es una de las obras de Shakespeare que han dado más trabajo á los críticos: el carácter complejo, abstruso y difícilmente definible del



LA REINA (Sra. Monreal)  
Fcts. Candela



POLONIO (Sr. Manso)



UNA CÓMICA (Sra. Lorente)



LA SOMBRA DEL REY (Sr. Altarriba)

protagonista de esa obra, del sombrío príncipe dinamarqués, blanco de toda desventura, ha dado por sí solo tema á multitud de estudios y disquisiciones críticas; Ulrici, Colendge, Harlitt, White, Goethe y Selilegel, entre otros, han tratado de definir el carácter de Hamlet con opiniones contradictorias y casi todas ellas ingeniosamente cimentadas. Todos esos críticos además, y con ellos otros muchos, han procurado al mismo tiempo desentrañar el pensamiento último del poema dramático de que hablamos, y en tan ardua empresa no han logrado tampoco ponerse de acuerdo de un modo completo. De Hamlet han dicho unos que «vehemente y apasionado por temperamento, en los instantes supremos esa vehemencia se convierte en audacia é irreflexiva precipitación», y otros,



EL REY (Sr. Parera)

HAMLET (Sr. Fuentes)

Fots. Candela

en cambio, «que su pasión dominante es pensar, no ejecutar, y por consiguiente que cualquier excusa, por vana que sea, si halaga esa inclinación le aparta inmediatamente de su propósito.»

En esta última opinión concuerdan con Hazlitt Gohete y Selilegel, y la anterior es sostenida entre nosotros por Benot, quien siguiendo á Herman Ulrici, autor de una excelente monografía dedicada á estudiar el carácter del príncipe sin ventura, ha escrito los siguientes párrafos:

«Hamlet es un carácter deseoso de lo bueno, moral por naturaleza y propenso á la meditación; tiene inclinación á lo filosófico, amor á la poesía y odio á la vulgaridad; el estudio le atrae, y tanto, que á los treinta años quiere volver á la Universidad de Wittenberg; es ingenioso

y dado á la ironía. Pero, vehemente y apasionado por temperamento en los instantes supremos, esa vehemencia se convierte en audacia é irreflexiva precipitación. Así, cuando sus amigos se retraen, él solo sigue á la sombra de su padre; él, solo también, se lanza al barco de los piratas; y además su impetuosa impremeditación le hace dar muerte á Polonio y origina la locura de la infeliz y desdichada Ofelia.



HORACIO (Sr. Rubio)

»Hamlet conoce esa vehemencia de su temperamento y pugna consigo propio y trata de oponerse á esa fatal inclinación que, en sus arranques, le arrastra á ejecutar impremeditados actos primos, y de ahí cuando puede dominarse y la reflexión le da tiempo su oposición á toda clase de acciones realizadas en violenta excitación mental. Por eso Hamlet desea ser siempre dueño de sí mismo, procura gobernar su vida por el poder del libre pensamiento, y quiere que la reflexión sea en todas ocasiones guía de su voluntad.

Las circunstancias le imponen la ejecución de un acto que repugna á su naturaleza moral, y Hamlet entonces lucha por mantener la soberanía del pensamiento sobre la voluntad, no solamente respecto á si debe ejecutar el acto cómo ha de



OFELIA (Srta. Arévalo)  
Fots. Candela



LAERTE (Sr. Alens Perkins)

llevarle á cabo, de modo que no resulte, en vez de justicia estricta, un hecho repugnante criminal. Piérdese en dudas, cavilaciones y escrúpulos; se estudia en las profundidades psíquicas de su ser; créese siempre con fuerzas suficientes para la ejecución de la terrible sentencia y jamás echa de ver que, en realidad, nunca se ha resuelto irrevocablemente á llevarla á cabo.

Le atormenta

el recelo de un algo tras la muerte — incógnita región de donde nunca — torna el viajero...

y considera que

nuestra conciencia así nos acobarda, — y el natural matiz de nuestro brio, — del pensar se marchita á los reflejos.

Hamlet, en fin, sospecha si sería un demonio tal vez el espíritu que se le ha aparecido en la forma de su padre y quiere pruebas.